

Hoy será un gran día



**QUERIDO
EVAN
HANSEN**

Novela

VAL EMMICH CON
STEVEN LEVENSON,
BENJ PASEK Y JUSTIN PAUL

DESTINO

QUERIDO EVAN HANSEN

VAL EMMICH CON
STEVEN LEVENSON,
BENJ PASEK Y JUSTIN PAUL

DESTINO

Querido Evan Hansen / Val Emmich ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Destino, 2019.
352 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Victoria Simó.
ISBN 978-950-732-478-9

1. Narrativa Estadounidense. 2. Novela. I. Emmich, Val. II. Simó, Victoria, trad. CDD 813

Título original: *Dear Evan Hansen*

Val Emmich

© 2019, Steven Levenson, Benj Pasek, Justin Paul

© 2019, Traducción: Victoria Simó

© 2019, Editorial Planeta S.A.- Barcelona, España

ISBN: 978-84-08-20843-3

Diseño de portada: Sasha Illingworth

Imagen de portada: © 3d_molier International/TurboSquid
Las canciones de Requiem y Only Us se usan con autorización

Letra y música de Benj Pasek y Justin Paul

© Pick In a Pinch y Breathelike Music, 2015

Administrado por Kobalt Songs Music Publishing

Derechos reservados de esta edición

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Destino®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: julio de 2019

3.000 ejemplares

ISBN 978-950-732-478-9

Impreso en Gráfica TXT S.A.,

Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de mayo de 2019

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Abandoné la escena.

«Es mejor arder que extinguirse lentamente», ¿verdad? Eso dijo Kurt Cobain en su carta. Vi un video que hablaba de varios famosos: Ernest Hemingway, Robin Williams, Virginia Woolf, Hunter S. Thompson, Sylvia Plath, David Foster Wallace, Vincent Van Gogh. No me estoy comparando con ellos, se los aseguro. Esas personas dejaron un legado. Yo no dejé nada. Ni siquiera fui capaz de redactar una nota.

Compararlo con el fuego es la mejor manera de describirlo. Tienes la sensación de estar ardiendo por dentro, día tras día, y el incendio crece por momentos hasta que al final resulta excesivo. Les pasa incluso a las estrellas. En algún momento se extinguen o estallan, dejan de existir. Pero, si estás mirando el cielo, no lo percibes así. Pienzas que todas siguen ahí. Sin embargo, algunas ya no están. Desaparecieron. Hace tiempo. Igual que yo ahora, supongo.

Mi nombre fue lo último que escribí. En el yeso de un compañero. No se puede considerar una nota de despedida. Pero oye, dejé mi pequeña huella. En un brazo roto. Me parece apropiado; poético, si te detienes a pensarlo. Y pensar es prácticamente lo único que puedo hacer.

PRIMERA PARTE

1

Querido Evan Hansen:

Así empiezan todas mis cartas. «Querido» en primer lugar, porque es el encabezamiento habitual. Obligatorio. A continuación hay que escribir el nombre del destinatario. En este caso, soy yo. Me escribo a mí mismo. Pues eso, Evan Hansen.

En realidad Evan es mi segundo nombre. Mi madre quería llamarme Evan y mi padre, Mark, igual que él. Mi padre ganó la batalla a juzgar por mi partida de nacimiento, pero mi madre ganó la guerra. Nunca me ha llamado por ningún nombre que no fuera Evan. En consecuencia, tampoco mi padre. (Ojo, *spoiler*: mis padres ya no están juntos.)

Solamente soy Mark en el permiso de conducir (que no me sirve para nada), en el currículum o durante el primer día de clase, como hoy. Mis nuevos profes, cuando pasen lista, preguntarán si «Mark» está presente, y a mí me tocará pedirles uno por uno que, por favor, se dirijan a mí por el segundo nombre. Como es lógico, lo haré cuando todos mis compañeros hayan abandonado el aula.

Hay tropecientos mil cosas de lo subatómico a lo cósmico que me sacan de quicio un día sí y otro también, empezando

por mis iniciales: M. E. H. En inglés, la palabra *meh* equivale a encogerse de hombros, un gesto que viene a resumir la reacción que suscita mi persona en el mundo. Nada que ver con la sorpresa de «oh». O el asombro de «ah». O la duda de «eh». O el apuro de «uh». *Meh* implica pura indiferencia. Lo tomas o lo dejas. Da igual. A nadie le importa. ¿Mark Evan Hansen? *Meh*.

Pese a todo, yo me considero más bien «eh», que se parece más a buscar aprobación, a pedir confirmación. Algo así como: «Es guapo ese tal Evan Hansen, ¿no?».

Mi madre dice que soy piscis de la cabeza a los pies. El símbolo de mi signo son dos peces entrelazados que intentan nadar en sentidos opuestos. Está superenganchada al rollo ese de la astrología. Le descargué una aplicación en el celular para que pudiera consultar su horóscopo cada día. Ahora me deja mensajes por toda la casa con frases del tipo: «Abandona tu zona de confort». O cuele la frasecita de turno en nuestras conversaciones: «Afronta nuevos desafíos. Un negocio de riesgo con un amigo podría dar buenos resultados». En mi opinión, todo eso son tonterías, pero a mi madre el horóscopo le aporta esperanza y una cierta orientación en la vida, lo mismo que, en teoría, estas cartas deberían ofrecerme a mí.

Hablando de cartas. Después del saludo viene el meollo del mensaje: el cuerpo. Mi primera frase siempre es la misma:

Hoy será un gran día y te voy a decir por qué.

Una mentalidad positiva propicia experiencias positivas. Esa viene a ser la idea que dio origen a estas cartas.

Al principio intenté evadirme. Le dije al doctor Sherman:

—No creo que escribirme una carta a mí mismo me vaya a ayudar demasiado. Ni siquiera sabría qué poner.

Él conectó la antena y se echó hacia delante en el asiento en lugar de quedarse acomodado, como hace normalmente.

—No hace falta que lo sepas. Esa es la finalidad del ejercicio: explorar. Podrías empezar diciendo algo como: «Hoy será gran día y te voy a decir por qué». Continúa a partir de ahí.

A veces tengo la sensación de que la terapia es una tontería como una casa y otras pienso que el verdadero problema radica en que no me acabo de involucrar a tope.

Da igual, al final seguí su consejo; al pie de la letra. (Una preocupación menos.) Porque el resto de la carta es peliagudo. La primera frase únicamente sirve de introducción, y luego tengo que desarrollar esa afirmación con mis propias palabras. Me toca demostrar por qué hoy será un gran día cuando las pruebas sugieren todo lo contrario. Todos y cada uno de los días anteriores han sido una porquería, así que ¿en qué me baso para afirmar que hoy será distinto?

¿Les digo la verdad? En nada. No creo que hoy vaya a cambiar nada. Así pues, ha llegado el momento de recurrir a la imaginación, de conseguir que hasta la última molécula de mi creatividad esté despierta y cooperando. (Se requiere toda una tribu molecular para escribir un discurso megamotivador.)

Porque hoy no tienes que hacer nada más que ser tú mismo. Pero además debes confiar en ti, eso es importante. Y ser interesante; una persona con la que se puede hablar, accesible. Y no te cierres, destápate; pero no en un sentido vicioso, no hace falta que te quites la ropa. Límitate a ser tú, a mostrar tu verdadero yo. Sé tal cual. Sé fiel a ti mismo.

Mi verdadero yo. ¿Qué demonios significa eso? Parece la típica frase seudofilosófica que te dirían en un anuncio de perfume en blanco y negro. Pero bueno, da igual, no nos pongamos tiquismiquis. Como diría el doctor Sherman: «Estamos aquí para explorar».

Exploremos: cabe suponer que mi «auténtico» yo se desenvuelve mejor en la vida. Tiene más facilidad para relacionarse. Y no es tan tímido. Por ejemplo, apuesto a que mi auténtico yo no habría desaprovechado la ocasión de saludar a Zoe Murphy en el concierto del grupo de jazz el año pasado. No habría dedicado un buen rato a decidir qué palabra expresaba mejor los sentimientos que le había inspirado su actuación sin parecer un acosador — «bueno», «genial», «espectacular», «luminiscente», «fascinante», «sólido» — y luego, tras decidirse por «muy bueno», no se habría marchado sin decirle nada porque le preocupaba tener las manos húmedas. ¿Y qué importaba si le sudaban las manos? ¿Qué se creía, que se iban a agarrar de las manitas? Muy probablemente ella también tendría las palmas empapadas después de tocar la guitarra tanto rato. Además, las manos solo me transpiran cuando pienso que lo van a hacer, así que soy yo mismo el que se provoca los sudores y, obviamente, el «auténtico» Evan jamás haría algo tan patético.

Genial, ya lo estoy haciendo otra vez, conseguir que me suden las manos a fuerza de pensar en ello.

Ahora toca secar el teclado con la manta. Y acabo de escribir «csxldmrr xsmit ssdegv». Y encima me está transpirando el brazo también. El sudor acabará por instalarse debajo del yeso, donde nunca llega el aire, y pronto emanará un olor horrible, la clase de tufo que no quiero que ningún compañero de la escuela llegue a oler ni de lejos, menos aún el primer día del último año. Maldito seas, falso Evan Hansen. Eres agotador, de verdad.

Un profundo suspiro.

Alargo la mano hacia el buró. Ya he tomado Lexapro esta mañana, pero el doctor Sherman dice que no pasa nada por tomar también un Ativan si me agobio demasiado. Me trago el Ativan y a esperar el alivio.

Ese es el problema de escribir estas cartas. Al principio avanzo en línea recta, pero más tarde o más temprano tomo un desvío y acabo deambulando por las zonas más confusas de mi cerebro, donde nunca pasa nada bueno.

—Así que anoche decidiste no cenar.

Es mi madre. Está parada delante de mí y sostiene el billete de veinte dólares que no gasté.

Cierro la laptop y la escondo debajo de la almohada.

—No tenía hambre.

—Vamos, cielo. No puede ser que no te atrevas a pedir comida cuando estoy trabajando. La puedes encargar por internet. Ni siquiera hace falta que hables con nadie.

Ya, solo que eso no es del todo cierto. Tienes que recibir al repartidor cuando llama a la puerta. Tienes que esperar a que encuentre el cambio, y siempre fingen que les falta alguna moneda, así que te toca decidir sobre la marcha si les das menos propina de la que tenías prevista o más, y, si les das menos, sabes que te van a insultar por lo bajo en cuanto den media vuelta, así que aumentas la propina y acabas arruinado.

—Lo siento —digo.

—No te disculpes. Es que... creía que lo estabas trabajando con el doctor Sherman. El tema de hablar con la gente. Relacionarte. No evitar la interacción.

¿Acaso no acabo de escribir esas mismas palabras en mi carta, que tengo que ser accesible, no cerrarme? Lo sé perfectamente, no necesito que me lo recuerde. Me pasa lo mismo que con el asunto de las palmas sudorosas: cuanto más consciente soy del problema, más empeora.

Ahora pulula alrededor de mi cama con los brazos cruzados al mismo tiempo que inspecciona mi habitación como si esperara encontrar algo distinto de la última vez que estuvo aquí; como si pensara que, si se fija lo suficiente, encontrará la solución al «gran enigma Evan» escondida en la cómoda o colgada de la pared. Se los aseguro: habida cuenta del tiempo que paso en esta habitación, si la respuesta estuviera aquí dentro, ya la habría encontrado.

Me incorporo, apoyo los pies en el suelo y me pongo los tenis.

—Hablando del doctor Sherman —continúa—, te he pedido cita para esta tarde.

—¿Hoy? ¿Por qué? Si no me toca hasta la semana que viene.

—Ya lo sé —responde con los ojos clavados en el billete de veinte que tiene en la mano—, pero he pensado que te vendría bien adelantar un poco la sesión.

¿Porque anoche no cené? Tendría que haberme quedado el dinero para que mi madre no se enterara, pero eso sería robar y el karma no perdona.

O puede que su decisión no se deba solo a ese billete intacto. Puede que hoy yo esté emitiendo una onda de nerviosismo superpreocupante de la que no soy consciente. Me levanto y me miro al espejo. Intento ver lo que ella percibe. Todo parece en orden: los botones de la camisa están alineados, me he peinado, incluso me bañé ayer por la noche. Es verdad que mi higiene ha empeorado últimamente, porque es un rollo tener que proteger el yeso, primero con plástico y luego con la bolsa y la cinta adhesiva. Tampoco se puede decir que me ensucie demasiado. Desde que me rompí el brazo, vivo prácticamente recluso en mi habitación de la mañana a la noche. Además, en la escuela nadie se va a fijar en mi aspecto.

Acabo de apreciar algo más en el espejo en lo que antes no había reparado: me estoy mordiendo las uñas. No he parado de mordérmelas en todo este rato. Bueno, la verdad es que llevo semanas aterrado ante la inminencia de este día. Después de disfrutar todo el verano de una apacible soledad, volver a la escuela siempre representa una sobrecarga sensorial. Presenciar el reencuentro de mis compañeros, sus abrazos de amigotes y sus grititos agudos. Ver cómo se van formando grupitos en los rincones, como si les hubieran pasado notitas a todos informándoles el punto de reunión. Oír a la gente morirse de risa con chistes que deben de ser la onda. Puedo soportar todo eso porque ya estoy acostumbrado; son las cosas que no puedo predecir las que me preocupan. A duras penas le agarré la onda a la vida estudiantil el año pasado, y ahora habrá una infinidad de novedades que asimilar. Nuevas modas, dispositivos, vehículos. Nuevos cortes de pelo, peinados, tintes. Nuevos *piercings* y tatuajes. Nuevas parejas. Orientaciones sexuales e identidades de género totalmente imprevisibles. Clases, alumnos y profesores desconocidos. Muchísimos cambios. Y todo el mundo se comporta como si nada fuera distinto, excepto yo, que cada año tengo la sensación de empezar de cero.

Veo a mi madre a través del espejo. La borla de su llavero personalizado le cuelga del bolsillo. (Llevo años adornando infinidad de regalos feos —tazas, bolígrafos, fundas de celular— mediante el sencillo sistema de estamparles «mamá» o «Heidi» en alguna parte.) Según husmea por mi habitación con el uniforme del hospital, parece más una científica forense que una enfermera. Una científica forense muy cansada. Siempre ha sido la típica «mamá joven», porque nací justo después de que terminara el primer ciclo de la universidad, pero ya no estoy seguro de que ese calificativo se le pueda seguir aplicando. Últimamente hay una fatiga permanente

en sus ojos que no se debe tanto al escaso sueño que logra conciliar cada noche como al hecho de que por fin empieza a aparentar su edad, creo yo.

— ¿Qué les pasó a tus tachuelas? — pregunta.

Me volteo a mirar el mapa de la pared. Cuando empecé a trabajar en el parque nacional Ellison este verano, se me ocurrió que podía recorrer, con el tiempo, las mejores rutas del país: la Precipice Trail de Maine, la Angel's Landing de Utah, la Kalalau de Hawái, la Harding Icefield de Alaska... Las tenía marcadas en el mapa con alfileres de distintos colores. Sin embargo, visto cómo terminó el verano, decidí quitarlas todas; excepto una.

— Me pareció mejor planificarlas de una en una — contesto—. La primera que me gustaría hacer es la ruta West Maroon.

— ¿Y está en Colorado? — inquiere mi madre.

Lo está viendo en el mapa, pero de todos modos necesita confirmación. Se lo confirmo.

— Sí.

Suspira con un gesto dolorosamente aparatoso. Levanta los hombros casi hasta las orejas y luego los hunde aún más que antes si se puede. En Colorado vive mi padre. «Papá» es una palabra que ha de pronunciarse con pies de plomo en mi casa, y lo mismo se aplica a cualquier término que guarde relación con él, como «Mark» o, en este caso, «Colorado».

Mi madre despega la vista del mapa y me muestra un semblante que pretende parecer valiente y desenfadado pero que expresa todo lo contrario. Está herida, pero sigue en pie. Ya somos dos.

— Te recogeré a la salida de la escuela — promete—. ¿Has escrito las cartas que te encargó el doctor Sherman? ¿Los discursos motivadores? No lo dejes, Evan. Es importante.

Antes escribía una carta cada día, pero, a medida que fue avanzando el verano, las fui espaciando. Seguro que el doctor Sherman se lo ha comentado a mi madre y por eso ella me da lata con el tema últimamente.

—Justo ahora estaba redactando una —le comento, aliviado por no tener que mentir.

—Bien. El doctor Sherman querrá verla.

—Ya lo sé. La terminaré en la escuela.

—Esas cartas son importantes, cielo. Te ayudan a confiar en ti mismo. Sobre todo ahora que empiezan las clases.

Ah, sí. Otra pista de por qué se le ha ocurrido que hoy en particular me convenía una sesión con el doctor Sherman.

—No quiero que pases otro año sentado delante de la computadora todos los viernes. Tienes que socializar más, como sea.

Lo intento. Nadie puede decir que no lo intento.

Ve algo en mi escritorio que le da una idea.

—Oye, ya sé. —Extrae un marcador permanente del portaplumas—. ¿Por qué no les pides a tus compañeros que te firmen el yeso? Sería perfecto para romper el hielo, ¿no crees?

No se me ocurre nada peor. Eso es lo mismo que ir por ahí mendigando amistad. ¿Por qué no busco un cachorrito pulgoso y nos sentamos los dos en una esquina a ver si así inspiro más compasión?

Demasiado tarde. La tengo encima.

—Evan.

—Mamá, no puedo.

Me ofrece el marcador.

—Ahora o nunca. Aprovecha el momento. Hoy toca aprovechar el momento.

La frase apesta a horóscopo por los cuatro costados.

—No hace falta que añadas «hoy». «Aprovecha el momento» ya significa «aprovéchalo hoy».

—Lo que tú digas. Tú eres el poeta de la familia. Yo solo te estoy diciendo: ¡ve por ellos! ¿Sale?

Sin mirarla a los ojos, suspiro y acepto el marcador.

—Bueno.

Se encamina a la puerta y, justo cuando ya creo que lo peor ha pasado, se voltea y me mira con una sonrisa incómoda.

—Sea como sea, estoy orgullosa de ti.

—Ah. Bien.

Su sonrisa flaquea una pizca y abandona mi cuarto por fin.

¿Qué quiere que le diga? Me dice que está orgullosa, pero su expresión no lo refleja. Me trata como si fuera una mancha en la tina que no consigue eliminar por más productos de limpieza que pruebe. ¿Orgullosa de mí? No veo por qué. Así pues, sigamos mintiéndonos mutuamente.

No digo que me revienten las sesiones con el doctor Sherman. Por supuesto, nuestras conversaciones están programadas, son forzadas y tienden a discurrir en una sola dirección, pero encuentro cierto consuelo en el hecho de sentarme cómodamente y charlar con otro ser humano. O sea, aparte de mi madre, que está tan ocupada con el trabajo y las clases que casi nunca pasa por casa y pocas veces se entera de lo que digo aunque esté escuchando (y además es mi madre). Llamo a mi padre de vez en cuando, en las raras ocasiones en las que tengo alguna noticia que valga la pena compartir con él. Pero siempre anda ocupado.

El problema de hablar con el doctor Sherman, sin embargo, es que se me da fatal. Me quedo ahí sentado, haciendo unos esfuerzos terribles por arrancarme un monosílabo de nada. Supongo que por eso me sugirió que me escribiera las cartas. Me dijo que podía ser una manera de exteriorizar mis sentimientos y que además me ayudarían a ser un poco más

indulgente conmigo mismo, pero estoy seguro de que también lo hace por facilitarse el trabajo él.

Abro la computadora y leo lo que llevo escrito hasta ahora.

Querido Evan Hansen:

A veces estas cartas me provocan el efecto contrario del que se busca. En teoría, tendrían que ayudarme a ver el vaso medio lleno, pero también me recuerdan que no soy como los demás. No sé de nadie en mi clase que haga tareas para su psicoterapeuta. Ninguno de mis compañeros va siquiera al psicoterapeuta, que yo sepa. No meriendan Ativan. No empiezan a cambiar de postura ni se ponen histéricos cuando alguien se les acerca demasiado o les habla o los mira. Y desde luego no se las ingenian para que a sus madres se les salten las lágrimas por el mero hecho de estar ahí sentados sin hacer nada.

No necesito que me lo recuerden. Ya sé que soy un caso. Créanme, lo sé.

Hoy será un gran día.

Podría ser... Si me quedara aquí, en mi habitación, tal vez la profecía se cumpliría.

Sé tú mismo.

Sí. Claro. De acuerdo.